

pidez acostumbrada, y avanzó hacia la mesa de Ziegelhoff. La brigada de Levasseur, compuesta de los regimientos de línea 46 y 28, la siguió resueltamente, mientras la brigada de Viviés, desfilando por la derecha, procuraba envolver la posición por los lagos congelados. La brigada de Levasseur, á quien el fuego de una numerosa artillería excitaba á aventurar el ataque, aceleró el paso; fué en un principio repelida á la bayoneta la primera línea de infantería enemiga, pero cargando oportunamente la caballería rusa sobre la izquierda de la brigada, arrolló el 28 antes que tuviese tiempo de formarse en cuadro, acuchilló á muchos de nuestros infantes, y nos quitó un águila.

Restablecido en breve el combate, continuó por una y otra parte con encarnizamiento; sin embargo, habiendo rodeado la brigada de Viviés la posición de los rusos, la abandonaron éstos para retirarse dentro de la misma ciudad de Eylau, donde entró el mariscal Soult al mismo tiempo que ellos. No quería Napoleón que se les dejase la ciudad de Eylau, previendo el caso probable, aunque incierto, de una gran batalla; por lo tanto, entramos con bayoneta calada en Eylau, y los rusos se defendieron tenazmente de calle en calle. Circunvalada la ciudad, encontramos una de sus columnas establecida en un cementerio, que llegó después á ser famoso por sus terribles recuerdos, y que estaba situado á la parte de afuera á la derecha. La brigada de Viviés lo tomó, después de un renidísimo combate, obligando á los rusos á replegarse hacia el lado opuesto de Eylau. Fué éste el más sangriento de todos los reencuentros de retaguardia, y sufrió en él el cuerpo del mariscal Soult pérdidas muy considerables. Entramos con algún desorden en la ciudad de Eylau, y los soldados se dispersaron en busca de víveres, sorprendiendo en sus casas á muchos rusos que no habían tenido lugar para huir.

La primera idea que concibió Murat y que transmitió á Napoleón, fué, que habiendo perdido los rusos el punto de apoyo de la ciudad, se apresurarían á buscar otro más distante; sin embargo, algunos oficiales dispersos en aquella refriega, habían visto á los rusos establecerse un poco más allá de Eylau, y encender sus fuegos de vela para pasar allí la noche. Esta observación, confirmada después por otros informes, no dejaba ya duda sobre la importancia de la jornada del día siguiente 8 de febrero; en efecto, tal ha sido, que su memoria vivirá eterna en los siglos.

Era evidente que los rusos, deteniéndose ahora después del combate de la tarde, y desperdiciando la noche sin proseguir su marcha, estaban resueltos á empeñar una acción general al siguiente día. El ejército francés estaba roto de fatiga, muy disminuído por la rapidez de las marchas, trabajado por el hambre y traspasado de frío; pero había que dar una batalla, y en semejantes ocasiones nunca acostumbraban á sentir sus penalidades ni soldados ni caudillos.

Aquella misma noche se apresuró Napoleón á enviar varios oficiales á los mariscales Davout y Ney para traerlos, el uno hacia su derecha y el otro hacia su izquierda. El mariscal Davout había continuado por la corriente del Alle hasta Bartenstein, y sólo distaba ya unas tres ó cuatro leguas. Contestó que al amanecer se hallaría hacia la derecha de Eylau (derecha del ejército

francés), pronto á caer sobre los rusos por el flanco. El mariscal Ney, que había sido enviado sobre la izquierda para detener á los prusianos á cierta distancia y poder caer sobre Koenigsberg caso de dirigirse los rusos por detrás del Prégel, iba marchando sobre Kreutzburgo. Mandó Napoleón que se procurase alcanzarlo, pero no había seguridad de que llegase al campo de batalla tan á tiempo como el mariscal Davout.

El ejército francés, ausente el cuerpo de Ney, ascendía lo más á cincuenta y tantos mil hombres, á pesar de que los rusos en sus relaciones lo han hecho ascender á ochenta mil hombres, y á sesenta y ocho mil un historiador francés (1) generalmente digno de crédito. El cuerpo del mariscal Davout, cuya fuerza efectiva ascendía á veintiséis mil hombres en Awerstaedt, notablemente disminuído ahora por los combates en que se halló, después por las enfermedades, por la última marcha desde el Vístula á Eylau, y por los destacamentos que había dejado en el Narew, sólo reunía en la actualidad unos quince mil hombres. El cuerpo del mariscal Soult, el más numeroso de todo el ejército, muy reducido también por la disentería, las marchas y los combates de retaguardia, sólo podía valuarse á lo sumo en unos diez y seis ó diez y siete mil hombres. El mariscal Augereau, disminuído por sus muchos rezagados y por los que se le habían dispersado para vivir merodeando, sólo reunía de seis á siete mil hombres en el vivac de Eylau en la noche del 7 de febrero; de la guardia, que estaba mejor tratada y más reprimida por la disciplina, no había quedado ninguno rezagado, pero su fuerza sólo ascendía á seis mil hombres. Por último, la caballería de Murat, compuesta de una división de coraceros y tres divisiones de dragones, apenas ascendía á diez mil jinetes sobre las armas; por consiguiente la fuerza total no pasaba de cincuenta y tres á cincuenta y cuatro mil combatientes, que si bien eran capaces de acometer cualquiera empresa, estaban extenuados por el hambre y el cansancio. Si el mariscal Ney llegaba á tiempo podrían oponerse al enemigo sesenta y tres mil hombres sobre las armas; por lo tocante al cuerpo de Bernadotte, no había que esperar que acudiese, porque se hallaba á treinta leguas de distancia.

Napoleón, que en aquella memorable noche durmió apenas tres ó cuatro horas en una silla en casa del maestro de postas, situó el cuerpo del mariscal Soult en el mismo Eylau, parte dentro y parte fuera de la ciudad á derecha é izquierda; el cuerpo de Augereau y la guardia imperial un tanto á la espalda, y toda la caballería reunida sobre sus alas, esperando que amaneciese para fijar sus disposiciones.

Por fin el general Benningsen se había determinado á dar batalla. Hallábase en una llanura casi igual por todas partes, terreno excelente para sus peones, que, aunque poco diestros en la maniobra, eran firmes en la refriega, y para su caballería, que era numerosa. Su artillería gruesa, á la cual había mandado hacer un rodeo para que no estorbases sus movimientos, acababa de reunirsele y le suministraba un refuerzo precioso. Además era tan constante la persecución que sufría, que se veía precisado á interrumpir continuamente su marcha

(1) No nos atreveríamos á consignar este aserto, contrario á las falsas relaciones de los historiadores extranjeros y franceses, si no se fundase en los documentos más auténticos. (N. del A.)

para hacer frente á los franceses. Todo ejército que va de retirada necesita ir un tanto adelantado para poder dormir y reponerse. Necesita también no llevar el enemigo demasiado encima, porque el modo más peligroso de aceptar una batalla es sufrir por la espalda la acometida; por lo tanto hay ocasiones en que lo más prudente es escoger terreno y hacer alto para combatir. Tal fué la resolución que tomó el general Benningsen el día 7 por la noche. Hizo alto más allá de Eylau con ánimo de sostener una encarnizada lucha; su ejército, que ascendía de setenta y ocho á ochenta mil hombres, y á noventa mil con los prusianos al renovarse las hostilidades, había sufrido pérdidas asaz notables en los últimos combates, aunque muy pequeñas en las marchas, por cuanto un ejército que se retira sin ser derrotado siempre va unido por temor del enemigo que le persigue, mientras que el ejército perseguidor, que no tiene los mismos motivos para estrecharse, deja siempre rezagada parte de su fuerza efectiva. Descontando las pérdidas sufridas en Mohrungen, en Bergfried, en Waltersdorf, en Heilsberg y en el mismo Eylau (1), puede decirse que el ejército del general Benningsen quedaba reducido á unos ochenta mil hombres: setenta y dos mil rusos y ocho mil prusianos. De este modo, mientras llegaban al campo el general Lestocq y el mariscal Ney, iban á combatir setenta y dos mil rusos contra cincuenta y cuatro mil franceses. Los rusos tenían además una artillería formidable, valuada en cuatrocientas ó quinientas bocas de fuego. La nuestra ascendía á doscientas todo lo más, comprendida la de la guardia, si bien era superior á todas las artillerías de Europa inclusa la austriaca. Decidióse, pues, el general Benningsen á dar el ataque así que rayase el día. El carácter de sus soldados era enérgico, como el de los soldados franceses, pero obedecían á otros móviles distintos. No tenían los rusos ni aquella confianza en el triunfo, ni aquel amor á la gloria que se advertía en nuestros soldados; sólo había en ellos cierto fanatismo de obediencia que les hacía arrostrar ciegamente la muerte. Por lo que hace á la inteligencia de unos y de otros, parécenos excusado señalar su diferencia.

Al desembocar en Eylau se entra en un terreno llano y descampado. La pequeña ciudad de aquel nombre, situada en una modesta eminencia y coronada con una torre gótica, era el único punto culminante de aquella llanura. Hacia la derecha de la iglesia, como en una pequeña hondonada, había un cementerio, y enfrente, en una elevación marcada por unas cuantas lomas, se divisaban los rusos reunidos en masa profunda. Había allí diversos lagos llenos de agua durante la primavera, secos durante el estío, helados en invierno y en la actualidad cubiertos de nieve, que no se distinguían en manera alguna del resto de la llanura. Sólo unos cuantos graneros reunidos en cabañas, y alguna que otra línea de setos para servir de aprisco al ganado, formaban en aquel triste campo de batalla escasos puntos de

(1) Los rusos habían perdido	1.500	hombres	en Mohrungen.
	1.000	»	en Bergfried.
	3.000	»	en Waltersdorf.
	2.000	»	en Hoff.
	1.000	»	en Heilsberg.
	500	»	en Eylau.

TOTAL. 9.000 hombres. (N. del A.)

apoyo ó más bien obstáculos para las maniobras. La tristeza de aquella comarca, que se apoderaba de los ojos y de los corazones no bien la salida del sol, tardía en aquella estación, hacía los objetos visibles, aumentaba con el color plomizo de su atmósfera, cuyas nubes se deshacían á intervalos en espesa nieve.

Los rusos estaban formados en dos líneas, muy próximas entre sí, protegido su frente por trescientas bocas de fuego que se habían situado en las partes culminantes del terreno. A su espalda, dos columnas cerradas que apoyaban como dos estribos en aquella doble línea de batalla, parecían destinadas á sostenerla y á impedir que se plegase al choque de los franceses. A cierta distancia se hallaba situada una numerosa reserva de artillería. La caballería estaba parte á retaguardia y parte entre ambas alas. Los cosacos, generalmente dispersos, estaban en esta ocasión reunidos al cuerpo del ejército. Era evidente que los rusos habían querido oponer en aquel terreno descampado, á la energía y á la destreza de los franceses, una masa compacta, defendida por su frente con una numerosa artillería y eficazmente reforzada por su retaguardia; en suma, una verdadera muralla, lanzando una lluvia de fuego. Napoleón, que estaba á caballo desde el amanecer, se situó personalmente en el cementerio que está á la derecha de Eylau, desde donde, defendido apenas por unos cuantos árboles, veía perfectamente la posición de los rusos, que, formados ya en batalla, habían roto el fuego con un cañoneo cada vez más impetuoso. Ya podía preverse que el cañón sería el arma que más jugase en esta terrible jornada.

Merced á la posición de Eylau, que se prolongaba al frente de los rusos, podía Napoleón dar menos profundidad á su línea de batalla y por consiguiente presentar menos bulto á los tiros de la artillería. Situó en Eylau dos divisiones del mariscal Soult, la de Legrand, al frente y un tanto á la izquierda, y la de Leval, parte á la izquierda de la ciudad, en una elevación que coronaba un molino, y parte á la derecha en el mismo cementerio; puso la tercera división del mariscal Soult, que era la de Saint-Hilaire, más á la derecha aún y á bastante distancia del cementerio, en el pueblo de Rothenen, que formaba la prolongación del campo de Eylau. En el intervalo que separaba el pueblo de Rothenen de la ciudad de Eylau, y que se había dejado desembarazado para que pudiese desembocar por él el resto del ejército, se situó, un tanto á la espalda, el cuerpo de Augereau, formado en dos líneas con las divisiones de Desjardins y de Heudelet. Augereau, que á pesar de la fiebre que tenía había olvidado sus dolencias al oír el estampido del cañón, montó á caballo con los ojos encendidos para ponerse al frente de sus tropas. Detrás de aquel mismo desembocadero formaban la infantería y la caballería de la guardia imperial, y las divisiones de dragones y coraceros, todas ellas dispuestas á presentarse al enemigo por la misma salida, y entre tanto defendidas en cierto modo, por la hondonada que ocupaban, del fuego del cañón. Por último, por la extremidad derecha de este campo de batalla y más allá de Rothenen, por la aldea de Serpallen, debía entrar en acción el cuerpo del mariscal Davout para caer sobre el flanco de los rusos.

Así pues, Napoleón había formado sus huestes en

línea, y teniendo ésta la ventaja de estar defendida á la izquierda por los edificios de Eylau y á la derecha por los de Rothenen, el combate de artillería, con el cual quería demoler la especie de muralla que le oponían los rusos, era mucho menos formidable para él que para sus enemigos. Mandó sacar de sus respectivos cuerpos y poner en batalla todos los cañones del ejército; les agregó las cuarenta piezas de la guardia; y de este modo se disponía á contrarrestar la formidable artillería de los rusos con una artillería muy inferior en número, pero muy superior en destreza.

Rompieron el fuego los rusos; los franceses respondieron al momento con un violento cañoneo ejecutado á medio alcance, haciendo estremecer la tierra sus espantables detonaciones. Los artilleros franceses, que no sólo eran más diestros, sino que además tenían por blanco aquella gran muralla viviente, hacían en ella horribles estragos. Nuestras balas derribaban filas enteras; las de los rusos, por el contrario, disparadas con menos acierto y desde posición menos ventajosa, ó daban en los edificios, ó nos hacían un daño casi insignificante para el que sufría el enemigo. Prendió el fuego en breve en la ciudad de Eylau y en el pueblo de Rothenen, y la claridad del incendio aumentó el horror de la carnicería. Aunque caían muchos menos franceses que rusos, sin embargo, la mortandad era considerable, sobre todo en las filas de la guardia imperial que había permanecido inmóvil en el cementerio. Pasaban los proyectiles por encima de la cabeza de Napoleón, y muy cerca de él, y taladraban las paredes de la iglesia ó tronchaban las ramas de los árboles, á cuyo pie se había situado para dirigir la batalla.

Duraba el cañoneo mucho tiempo, y lo sufrían los dos ejércitos con una tranquilidad heroica, sin hacer el menor movimiento y limitándose á nutrir las filas á medida que los cañonazos dejaban huecos en ellas. Los rusos fueron los primeros que demostraron cierta impaciencia (1), pues, deseando acelerar el resultado con la toma de Eylau, se pusieron en movimiento para apoderarse de la posición del molino, situada á la izquierda de la ciudad. Parte de su derecha se formó en columna para acometerlos; la división de Leval, compuesta de las brigadas de Ferey y de Viviés, la repelió con valentía, y quitó á los rusos la esperanza de conseguir su objeto, renovando la tentativa.

Napoleón por su parte no intentaba nada decisivo, porque no quería comprometer, haciéndole avanzar, al cuerpo del mariscal Soult, que ya hacía lo bastante con mantener la posición de Eylau bajo un espantoso cañoneo, sin querer tampoco aventurar ni la división de Saint-Hilaire ni el cuerpo de Augereau contra el centro del enemigo, porque sólo hubiera conseguido exponerlos á estrellarse contra aquella especie de roca ardiente. Esperaba para maniobrar que el mariscal Davout, cuyo cuerpo llegaba por la derecha, se insinuase sobre el flanco de los rusos.

Este lugarteniente, tan puntual como intrépido, había llegado en efecto al pueblo de Serpallen. La división de Friant marchaba á la cabeza; desembocó la primera, tuvo encuentro con los cosacos, á quienes ahuyentó en

(1) Expresión de Napoleón en la relación que él mismo hizo de la batalla. (N. del A.)

breve, y se enseñoreó del pueblo de Serpallen con unas cuantas compañías de infantería. No bien se estableció en el pueblo y en los terrenos que se extienden á su derecha, se destacó contra ella una de las masas de caballería que estaban situadas sobre las alas del ejército ruso. El general Friant, aprovechando con serenidad é inteligencia las ventajas casuales que debía á la localidad, formó los tres regimientos de que á la sazón se componía su división, detrás de las largas y sólidas barreras que servían de aprisco á los ganados. Defendido con aquella trinchera natural, acribilló á quemarropa á los escuadrones rusos y los obligó á retirarse; pero volvieron en breve á la carga, acompañados de una columna de nueve á diez mil hombres de infantería, que era una de las columnas cerradas que servían de estribos á la línea de batalla de los rusos, y que ahora se dirigía hacia la izquierda de esta línea para recobrar el pueblo de Serpallen. El general Friant sólo podía oponerles cinco mil hombres, pero atrincherado siempre en sus barreras de madera, y dueño de desplegarse, sin temor de cargas de caballería, recibió á los rusos con un fuego tan nutrido y tan certero que les causó una pérdida muy considerable; propusieron sus escuadrones envolverle, y formó en cuadro el 33 sobre su derecha, deteniéndolos con el indomable continente de sus peones. No pudiendo servirse de su caballería, reducida á unos pocos cazadores, la suplió con la nube de guerrillas, que, aprovechando con destreza hasta los menores accidentes del terreno, cayeron sobre los flancos de los rusos y los obligaron á retirarse hacia las alturas, entre Serpallen y Klein-Sausgarten. Al retirarse, se protegieron los rusos con una numerosa artillería, cuyo fuego, casi perpendicular desde aquellas elevaciones, era desgraciadamente muy mortífero. Llegó á su vez al campo de batalla la división de Morand: tomó el mariscal Davout su primera brigada, que mandaba el general Ricard, y la situó más allá y á la izquierda de Serpallen, y puso después á la derecha del pueblo la segunda, que se componía del 51 y del 61, de modo que sostuviere, ó bien á la brigada de Ricard, ó bien á la división de Friant. Encaminase ésta por la derecha de Serpallen hacia Kleint-Sausgarten. En aquel mismo instante aceleraba el paso la división de Gudín para entrar en línea; de modo que los rusos, con el movimiento de nuestra derecha, tuvieron que replegar su izquierda desde Serpallen hacia Klein-Sausgarten.

Por consiguiente, se había ya producido el efecto esperado en el flanco del ejército enemigo. Desde la posición que ocupaba, había visto Napoleón distintamente dirigirse las reservas rusas hacia el cuerpo del mariscal Davout; era pues llegado el momento de atacar, porque, de no intervenir, podían los rusos precipitarse en masa sobre el mariscal Davout y acabar con él. Dió Napoleón inmediatamente sus órdenes: mandó á la división de Saint-Hilaire, que se hallaba en Rothenen, que avanzase hasta reunirse hacia Serpallen con la división de Morand; encargó á las dos divisiones de Desjardins y de Heudelet, del cuerpo de Augereau, que desembocasen por el intervalo que separaba á Rothenen de Eylau, que se uniesen con la división de Saint-Hilaire, y que todas juntas formasen una línea oblicua desde el cementerio de Eylau hasta Serpallen. Este movimiento debía dar por resultado el arrollar á los rusos,



EL 14.º DE LÍNEA EN EYLAU (cuadro de Leonel Royer)

deshaciendo su izquierda sobre su centro, y derribar de este modo, empezando por su extremidad, la prolongada muralla que teníamos delante.

Eran las diez de la mañana. El general Saint-Hilaire se puso en movimiento, salió de Rothenen, y se desplegó oblicuamente en la llanura bajo un terrible fuego de artillería, con su derecha en Serpallen y su izquierda hacia el cementerio. Casi al mismo tiempo se movió Augereau, no sin un triste presentimiento de la suerte reservada á su cuerpo de ejército, que veía expuesto á estrellarse contra el centro de los rusos, sólidamente apoyado en diversas lomas. Mientras el general Corbigneau les transmitía las órdenes del emperador, una bala de cañón hirió en el costado á este valiente oficial, primogénito de una familia de héroes. Inmediatamente el mariscal Augereau emprendió su marcha: las dos divisiones de Desjardins y de Heudelet desembocaron por entre Rothenen y el cementerio en columnas cerradas, y después de atravesado el desfiladero formaron en batalla, con la primera brigada de cada división desplegada, y la segunda en cuadro. Mientras iban avanzando, una ráfaga de viento y nieve hirió de repente en el rostro á los soldados, y les robó la vista del campo. En medio de aquella especie de torbellino las dos divisiones se torcieron equivocadamente hacia la izquierda, y quedaron por su derecha á una distancia considerable de la división de Saint-Hilaire. Los rusos, á quienes molestaba muy poco la nieve que recibían por la espalda, viendo avanzar las dos divisiones de Augereau hacia las lomas en que apoyaban su centro, presentaron de improviso una batería de setenta y dos bocas de fuego que tenían de reserva, las cuales vomitaron un fuego de metralla tan tremendo y compacto que en un solo cuarto de hora cayó en tierra la mitad del cuerpo de Augereau. Murió el general Desjardins que mandaba la primera división; y el general Heudelet, que mandaba la segunda, recibió una herida casi mortal. El estado mayor de las dos divisiones quedó en breve fuera de combate. Mientras sufrían aquel tremendo fuego, precisadas á rehacerse marchando, por los enormes claros que iban resultando en sus filas, cayó sobre ellas en masa toda la caballería rusa, precipitándose en el intervalo que las separaba de la división de Morand. Resistieron sin embargo estas valientes divisiones; pero tuvieron que ir retrocediendo hacia el cementerio de Eylau, abandonando el campo sin que pudieran desordenarlas los repetidos asaltos de tantos escuadrones. De repente cesó la nieve, y entonces se pudo contemplar aquel tremendo espectáculo. De seis ó siete mil combatientes, yacían en tierra cerca de cuatro mil entre muertos y heridos. Augereau, que también derramó su sangre, más apesadumbrado por el desastre de su cuerpo de ejército que por el peligro, fué llevado al cementerio de Eylau á los pies de Napoleón, á quien no sin amargura se quejó de que no se le hubiese socorrido á tiempo. Una tristeza taciturna cubría todos los semblantes en el estado mayor imperial. Napoleón, inflexible y sereno, imponiendo á los demás la impasibilidad que se imponía á sí propio, dirigió á Augereau algunas palabras consoladoras, y enviándole después hacia la retaguardia tomó sus medidas para reparar el daño. Lanzando desde luego los cazadores de su guardia y unos cuantos escuadrones de dragones que tenía in-

mediatos, para contener á la caballería enemiga, mandó llamar á Murat, y le ordenó que intentase un esfuerzo decisivo contra la línea de infantería que formaba el centro del ejército ruso, y que empezaba á avanzar, aprovechándose del desastre de Augereau. Acudió Murat á galope no bien recibió la primera orden. — *Ea*, le dijo Napoleón, *¿permitirás que nos devore esa gente?* — Entonces mandó á este heroico caudillo de su caballería que reuniese los cazadores, los dragones y los coraceros, y que arremetiese contra los rusos con ochenta escuadrones, para ver cuánto podía con su ímpetu una masa semejante de jinetes, cerrando furiosa con una infantería que se reputaba impasible. Avanzó la caballería de la guardia, dispuesta á unir su choque con el de la caballería del ejército. El momento no podía ser más crítico, porque si no se detenía á la infantería rusa, iba á llegar al cementerio, que era el centro de la posición y Napoleón para defenderle sólo tenía los seis batallones de infantería de la guardia imperial.

Parte Murat al galope, reúne sus escuadrones, y después los lleva por entre el cementerio y Rothenen, por el mismo desembocadero donde el cuerpo de Augereau había arrostrado una destrucción casi completa. Cargan los primeros los dragones del general Grouchy para despejar el terreno y desviar á la caballería enemiga. Derribado este valiente oficial bajo su caballo, vuelve á montar, se pone á la cabeza de su segunda brigada, y consigue dispersar los grupos de jinetes que precedían á la infantería rusa. Pero ésta no cede sino al empuje de los escuadrones cubiertos de hierro del general Hautpoul. Este oficial, que se distinguía por su habilidad consumada en el arte de manejar una caballería numerosa, se presenta con veinticuatro escuadrones de coraceros, seguidos por toda la masa de dragones. Formados estos coraceros en diversas líneas, muévense, precipitándose sobre las bayonetas rusas; las primeras líneas, detenidas por el fuego, no pudiendo penetrar, replegáronse á derecha é izquierda para volver á formar detrás de las que les seguían y cargar de nuevo; por fin, una de ellas, que se arrojó con más ímpetu, derribó por un puente la infantería enemiga y abrió en ella una brecha, por donde penetraron todos juntos, coraceros y dragones. Lo mismo que un río que empieza á abrirse paso por un dique, lo rompe en breve sin dejar apenas señales de la barrera que antes le detenía, así la masa de nuestros escuadrones, no bien pudo hacer mella en la infantería de los rusos, echó por tierra al punto toda su primera línea. Dispérsanse entonces nuestros jinetes para acuchillarlos, y empieza entre unos y otros una espantosa refriega en la cual nuestra caballería pasa á cuchillo á diestro y siniestro á aquellos impertérritos peones. Mientras cae así derrotada la primera línea de infantería, la segunda se repliega hacia un bosque que se divisaba en la extremidad del campo de batalla. Tenían allí los rusos una última reserva de artillería; la pusieron en batalla, y dispararon confusamente sobre el pelotón de sus soldados y los nuestros, dándoseles poco de derribar con su metralla amigos y enemigos, con tal de ahuyentar á nuestros formidables jinetes. El general Hautpoul cayó mortalmente herido de un tiro de metralla. Mientras nuestra caballería andaba á las manos con la segunda línea de la infantería rusa, la primera volvió á restablecerse en pelotones diseminados para